

Revista Confluencia, año 3, número 6, verano 2007, Mendoza, Argentina. ISSN 1667-6394

Eugenio María de Hostos en el Cono Sur

Por Adriana Arpini

Resumen:

Abordaremos un tramo del pensamiento de Eugenio María de Hostos correspondiente a su estancia en el Cono Sur, particularmente en Argentina durante su peregrinación por América. Trabajamos sobre la producción periodística comprendida entre los años 1870 y 1873 en diarios de Chile y Argentina. En dichos textos puede apreciarse el desarrollo de dos líneas temáticas convergentes: la primera dedicada al seguimiento de los hechos que se suceden en las Antillas, en particular la lucha de Cuba por su independencia; la segunda comprende una importante cantidad de crónicas y comentarios sobre la vida y el desarrollo sociocultural de los países que visita. Son temáticas convergentes pues ambas están orientadas en el sentido de un proyecto modernizador, tendiente a unir la causa antillana a la causa de la civilización de los pueblos hermanos de América. En esta perspectiva, la modernización impulsada por Hostos adquiere tonalidades y acentuaciones especiales.

Abstract

We will consider here a section of Eugenio María de Hostos' thought, specifically the one corresponding to his stay in the Southern Cone, particularly in Argentina, during his journey through America. We worked over his journalistic production for different newspapers of Chile and Argentina, between 1870-1873. These texts show two convergent thematic lines: the first one follows the events taking place at the Antilles, particularly Cuba's struggle for independence; the second one includes a series of chronicles and comments on the way of life and social-cultural development of the countries he visited. The two lines converge since both respond to a modernizing project aiming at the unification of the Antilles' cause and the civilization cause of America's brotherhood of countries. Under this light, Hostos' project shows very special characteristics.

Eugenio María de Hostos en el Cono Sur

Abordaremos un tramo del pensamiento del puertorriqueño Eugenio Alarí de Hostos (1839-1903) correspondiente a su estancia en el Cono Sur; particularmente en Argentina durante su peregrinación por América¹. Lo haremos desde la perspectiva de la Historia de las Ideas Latinoamericanas. Lo dicho tiene varios supuestos, algunos de los cuales quisiéramos explicitar antes de entrar en materia.

En primer lugar debemos dejar claro que nuestra Historia de las Ideas es una forma de saber acerca de nosotros mismos y, en cuanto tal, constituye uno de los modos de objetivación a través de los cuales nos reconocemos y afirmamos como sujetos históricos proyectándonos hacia el futuro. Es claro que no hablamos de ideas abstractas, descarnadas e inertes, sino que las consideramos como formas simbólicas de objetivación, productos del obrar humano hincado en una determinada situación histórica, social y cultural. Así, la Historia de las Ideas nos abre a la comprensión del presente y a la anticipación del futuro a través de la penetración hermenéutica del pasado. Al respecto, cabe recordar la enseñanza que nos dejó el Maestro José Gaos cuando dice que «no hay sólo *comprensión* del presente por el pasado y del futuro por ambos, sino también del pasado por y en el presente y de ambos por el futuro previsto y querido por y en el presente... El presente histórico es obra de sus propias pretensiones. Y el pasado histórico no es inmutable... La realidad del pasado está en lo que, aún siendo pasado, tenga todavía de real, de presente en el presente» (Gaos, J., 1980, 69 – 70). Efectivamente, podemos apreciar la dinámica interna del discurso de Hostos², es decir, la originalidad con que el puertorriqueño asume su pasado y ensaya la comprensión de su presente en tensa relación con el futuro proyectado. Pero no sólo eso, podemos además apropiarnos de su legado, que es parte de nuestro pasado, y rehacerlo selectivamente en función de las interpretaciones y pretensiones de nuestro propio presente. En este sentido Hostos tiene todavía hoy —mejor dicho, precisamente hoy— mucho que decirnos acerca de lo que somos y de lo que aspiramos a ser y hacer como habitantes de esta parte del mundo que llamamos América Latina.

¹ Eugenio María de Hostos nació en Mayagüez, Puerto Rico, el 11 de enero de 1839 y murió en Santo Domingo el 11 de agosto de 1903. Dedicó su vida a luchar por la independencia y dignificación de Las Antillas (Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo). Entre sus obras se destacan el *Tratado He Mora/* y el *Tratado de Sociología*. El último, publicado postumamente en 1904, ha sido considerado como texto que marca el inicio de los estudios sistemáticos de sociología en América Latina.

² La autora utiliza «Hostos», atendiendo las convenciones disciplinares.

Debemos aclarar, también, que cuando hablamos de América Latina y nos autodesignamos latinoamericanos ponemos en juego cierto criterio de identificación, planteado y asumido en el discurso que, no obstante, tiene como punto de partida inevitable a la diversidad. Es decir, postulamos la unidad desde la parcialidad de la propia nacionalidad, del grupo social, de las tradiciones y la historia vivida, de las formas de organizar la experiencia cotidiana (Roig, A., 1981, 18 a 23). La postulamos en un discurso que contiene esas peculiaridades no sólo como elementos de enunciados descriptivos, sino involucradas también en enunciados valorativos y prescriptivos, en los cuales se manifiesta el grado de aceptación o rechazo, de conformidad o disconformidad respecto de lo dado históricamente y se despejan las posibilidades de un futuro iluminado por aquella aspiración a la unidad. De esta manera, se ejercitan en la mediación del discurso dos funciones igualmente críticas: la descriptiva y la proyectiva o utópica, a través de las cuales el sujeto organiza su mundo; pero es, asimismo, constituido por el discurso en la afanosa tarea de poner la unidad frente a la particularidad, de postular la identidad desde la diversidad. El discurso hostosiano nos ofrece la posibilidad de discernir estos elementos ricamente elaborados por quien se reconoce a sí mismo como «peregrino de América Latina».

Cambiar de lugar pero no de idea.

El tramo de la producción hostosiana que aquí nos interesa queda comprendido dentro de la primera etapa de elaboración teórico-práctica de su pensamiento; etapa que fijamos entre 1852 y 1879. Apelamos a un criterio de periodización que toma como punto de partida la manera de asumir discursivamente la conflictividad socio-histórica y de organizarla con arreglo a una estrategia categorial, sintetizada en este caso a través de la dicotomía «barbarie - civilización». En cuanto categorías de análisis social, ambos términos presentan, desde sus primeros esbozos en los escritos del período que nos ocupa, marcas semántica y valorativas por las cuales la «barbarie» es asimilada a la desigualdad e injusticia que supone el mantenimiento del sistema de producción esclavista y el régimen colonial en las Antillas españolas, mientras que «civilización» alude a la conquista de la libertad, la igualdad y la justicia mediante la forma republicana y federativa de organización política. No obstante, estas categorías están sujetas a resignificaciones y desplazamientos en cuanto al peso axiológico de sus componentes semánticos. Así, durante la segunda y tercera etapas de la producción hostosiana las encontramos progresivamente vinculadas, la primera a las nociones de Ignorancia, irracionalidad, desorden, explotación, fuerza bruta; y la segunda a las de

educación, ciencia, orden, organización racional³. Es posible, sin embargo, verificar una constante en el pensamiento hostosiano consistente en una voluntad de autoafirmación política, surcada por los diversos matices y acentuaciones valorativas aludidos. Esa voluntad política —característica de nuestros ilustrados— es asumida e integrada por Hostos dentro de una concepción racionalista, evolutiva y armónica, inspirada en el ideario krausista difundido por Sanz del Río en España, a la que se incorporan, luego, elementos del positivismo, dando lugar a una original formulación krausopositivista. En la perspectiva del puertorriqueño, la transformación política encamina la concreción de los ideales democráticos de libertad e igualdad, colocando a los hombres y a la sociedad en condiciones de hacer efectiva su autonomía y avanzar, con paso firme, hacia la civilización. Este marco político-conceptual, que en términos generales resulta válido para cualquier sociedad, es particularmente trabajado por Hostos a fin de explicar el modo de darse la relación entre las Antillas y España.

El año 1868 es decisivo dentro de la primera etapa de producción hostosiana y lo es, también, en la vida del puertorriqueño. Antes de esa fecha, la dignificación de Cuba y Puerto Rico era defendida desde una posición autonomista no contradictoria con la idea de «Nación Española» sustentada en las Cortes. Después de esa fecha, el discurso hostosiano revela una decidida toma de posición a favor de la «independencia absoluta» de Cuba y Puerto Rico. Hecho que puede ser interpretado como una *ruptura* de Hostos con España, precipitada por los acontecimientos. Efectivamente, la revolución septembrina significó un avance en las posiciones de los republicanos españoles, de quienes Hostos esperaba una decisión favorable a la autonomía de las islas. «Pero —como ha sostenido Félix Córdoba Iturregui— la revolución española de septiembre se combinó con dos procesos antillanos: el Grito de Lares, que la precedió, y el Grito de Yara, días después del septiembre español. Tanto la derrota de la revolución puertorriqueña, como el proceso revolucionario cubano, le permitieron a Hostos medir

³ La primera etapa de producción hostosiana se extiende entre 1852 y 1879, incluye: los años de formación y de activa participación en la vida pública de la metrópoli, particularmente en los asuntos relativos a las Antillas españolas; incluye también el viaje a New York y la peregrinación por diversos países de América Latina, durante la cual desarrolla desde un punto de vista eminentemente político la campaña en favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Entre 1879 y 1897 se prolonga la segunda etapa, caracterizada principalmente por la actividad de educador desarrollada en Santo Domingo y Chile y por la preparación de sus escritos sistemáticos. Durante la última etapa, desde 1898 hasta su muerte en 1903, asume desde una perspectiva ética y cívico-pedagógica la defensa del derecho a la libertad y a la autodeterminación de las dos islas. Remitimos a nuestro trabajo *Eugenio María de Hostos, un hacedor de libertad*. Mendoza - Argentina, EDIUNC (Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo), 2002.

definitivamente la debilidad y la inconsecuencia de la revolución española» (Córdoba Iturregui, F., 1990, 77 - 94). El discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el 20 de diciembre de 1868, oportunamente caracterizado como *el discurso de la ruptura* (Cfr. Arpini, A., 2002), puede ser considerado como un gesto definitivo y definitorio del compromiso adquirido por Hostos en la lucha por la independencia de las Antillas. Gesto ratificado por el nuevo rumbo que imprime a su itinerario. Cabe señalar que la ruptura con España no significó el quebrantamiento de los ideales democráticos amasados por el puertorriqueño a partir de su formación krausista, antes bien, esa ruptura obedeció a una profundización y radicalización de las concepciones jurídicas y políticas del racionalismo armónico y a la coherencia de sus convicciones democráticas. Como bien señala Félix Córdova Iturregui «... fue la unidad interior del complejo pensamiento hostosiano, obsesionado con la democracia y la modernidad, lo que hizo necesario que se abriera paso su separación definitiva de la metrópoli española». Se inicia, entonces, otro tramo en la primera etapa de la producción hostosiana.

En 1869 Hostos se dirige a París y de allí a New York, donde participa activamente junto a los emigrados de Cuba y Puerto Rico en los esfuerzos por llevar adelante la independencia de las Antillas. Los trabajos intensamente desarrollados por Hostos a partir de este momento se encuentran profundamente motivados por su convicción ética del *deber*, convicción que será luego desplegada teóricamente en sus escritos sistemáticos sobre moral. Así como la inquebrantable coherencia hostosiana con los principios democráticos explica la ruptura con España, también en este caso, la decisión de embarcarse hacia el Sur es promovida por la certeza del *deber*.

«Deber concebido era el de representar del modo más activo la pureza doctrinal de la revolución, y lo cumplía: deber concebido era el de sostener a toda costa la Independencia absoluta contra la anexión, y lo cumplía: deber era inclinar el ánimo de los revolucionarios emigrados, con insistencia propensos a los Estados Unidos, hacia los pueblos hermanos de América latina, y lo cumplía. Deber era oponer la lucidez de mis hondas convicciones a las burlas, rencores y sarcasmos, que como hombre de principios, como vehemente antianexionista y como partidario incesante de la unión latinoamericana suscitaba, y lo cumplía» (Hostos, E.M., 1939, vol. VI, 8-9. En adelante M.VS.).

El 4 de octubre de 1870 inicia Hostos su viaje al Sur. *Lo único que yo sabía –dice–, era que iba a cambiar de lugar, no de idea*. Efectivamente, desde esa fecha y hasta 1879, en que

inicia su labor educativa en Santo Domingo, Hostos desarrolla en todos los lugares que visita una intensa actividad en favor de la independencia y dignificación de las Antillas. Así, funda en Cartagena (Colombia) la Sociedad de Inmigración Antillana, en Perú funda la Sociedad de Auxilios para Cuba, otras tantas asociaciones semejantes promueve en Chile y Argentina. En su primera estancia en la República Dominicana funda y dirige los periódicos *Las tres Antillas* y *Los Antillanos*. Y en 1876 redacta el «Programa de la Liga de Independientes», publicado en siete entregas sucesivas entre el 14 de octubre y el 24 de noviembre, en *La Voz de la Patria*, semanario de la emigración cubana en New York. Dicho programa fue calificado por José Martí como verdadero *catecismo democrático* (Hostos, E.M., 1939, vol. II y Martí, J., 1964, vol. VIII, 53).

Las actividades y los escritos en que se plasman los esfuerzos en pro de las Antillas constituyen uno de los núcleos temáticos desarrollados por Hostos durante su viaje al Sur. En forma paralela, no con menos intensidad e importancia, el puertorriqueño se dedica a la consideración de los problemas sociales, políticos, culturales de los distintos países en que le toca residir. Así, las páginas de *La Patria*, periódico peruano en cuya fundación participa, dan cuenta de la sensibilidad con que recoge y analiza cuestiones políticas y sociales de ese país; otro ejemplo en este sentido es proporcionado por la «Memoria de la Exposición Nacional de Artes e Industrias» de Santiago de Chile (setiembre de 1872), que le valiera el Primer Premio del certamen realizado a la sazón (Hostos, E.M., 1939, vol. VII, 209 a 321). Podríamos decir que la escritura hostosiana comprendida en el lapso del viaje al Sur se vuelca al desarrollo de dos líneas temáticas convergentes. La primera, dedicada al seguimiento de los hechos que se suceden en las Antillas, que cabría caracterizar como el apostolado de Hostos, en cuanto asume para sí la tarea de propagandista de la independencia antillana. La segunda, comprende una importante cantidad de crónicas y comentarios sobre la vida y el desarrollo sociocultural de los países que visita. Decimos que se trata de temáticas convergentes pues, por una parte, ambas se recuestran sobre un mismo núcleo teórico fundante, integrado por ciertas concepciones acerca de la sociedad, la moral y el derecho -de las que dará cuenta posteriormente en sus escritos sistemáticos-, que modelan la perspectiva desde la cual Hostos describe y analiza la realidad. Por otra parte, ambas están orientadas en el sentido de un proyecto modernizador, tendiente a unir la causa antillana a la causa de la civilización de los pueblos hermanos de América. Al respecto, es necesario puntualizar que el discurso modernizador, en la óptica de quienes -como Hostos- comparten la preocupación antillanista, adquiere tonalidades y acentuaciones especiales.

En efecto, ha de tenerse en cuenta que el proyecto modernizador, llevado adelante en los países suramericanos durante el último tercio del siglo XIX y que se prolonga en las primeras décadas del XX, busca imponer la *civilización* contra la *barbarie*, a fin de lograr el ingreso de las jóvenes naciones en el mercado mundial como proveedoras de materias primas. Dicho proyecto involucró la reorganización de la riqueza, la incorporación masiva de inmigrantes, la generalización de la educación, la instrumentación de modos de comunicación que acortaran las distancias (ferrocarril, telégrafo) y acercaran velozmente la información de los acontecimientos mundiales (periodismo). Todo ello suele ser analizado desde el punto de vista de la Historia de las Ideas como el proceso de la *emancipación mental*. Más de una vez el discurso de nuestros emancipadores mentales se centró exclusivamente en los asuntos nacionales e impuso como modelos de desarrollo a países como Inglaterra, Estados Unidos, Francia, dando al traste con el ideal bolivariano de integración latinoamericana. Sin embargo, en otras regiones de nuestra América, en las Antillas particularmente, el proceso socio-histórico presenta características diferentes. Podríamos, en este caso, hablar de *antillanismo*, como conjunto de ideas políticas, sociales, filosóficas, que orientaron el accionar de hombres como Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, Gregorio Luperón, José Martí, entre otros; de modo que es posible trazar desde el Grito de Lares hasta la gesta libertaria de Martí una línea de desarrollo ideológico, con cierta organicidad, cuyo núcleo está constituido por el reconocimiento de la importancia que tiene la independencia de las Antillas para el equilibrio del continente. Es bien conocida la opinión de Hostos al respecto, reiterada en varios escritos durante su viaje al sur. La independencia de las islas es según nuestro autor condición de posibilidad para integrar una Confederación Antillana (o Centroamericana) capaz de ponderar el vigor de ambas masas continentales; de este modo se pondría freno a la política de expansión que destruye «todas las fuerzas doctrinales de la democracia», y se abriría paso a la concreción de la *civilización*, como estadio máximo de realización humana. Desde Panamá, Hostos reflexiona:

Si las Antillas llagaran a su independencia en tiempo Oportuno, en este gran tiempo en que vivimos, y logaran reconstituirse pronto y atrajeran a su círculo de acción al Istmo y las Repúblicas centrales, tal vez quedaría eliminada para siempre una de las más formidables incógnitas del porvenir continental. Entonces el Archipiélago y este pedazo de tierra que une los dos continentes del Nuevo Mundo, adquirirían por la navegación y el cambio aquella fuerza que da la afluencia de los intereses universales hacia un centro, y estas pequeñas masas de tierra que, comparadas con las enormes que las rodean son tan insignificantes, tendrían en la ponderación de las masas y las

fuerzas continentales la influencia a que las ha destinado la naturaleza. «Sueño, largo sueño que dura desde el primer momento de patriotismo y de razón en que abrí los ojos al deber, tal vez no lo realice jamás; pero otros soñadores, otras generaciones vendrán en la América Latina que se esfuerzan en realizarlo; y sólo el día en que el sueño se convierta en realidad será de regocijo para el mundo, porque sólo con él alboreará la unión internacional de los dos continentes que forjan en los moldes de una nueva civilización el alma de una nueva humanidad» (KLYS., 83 - 84).

Creemos posible afirmar que el discurso hostosiano producido en el cruce entre el proyecto civilizatorio y el ideario antillano es *otro discurso de la modernidad*, cuyo eje está puesto en la *integración latino-americana*. El análisis de los escritos de Hostos durante su estancia en Argentina nos permitirán comprobar esta afirmación.

De Valparaíso a Buenos Aires

El 10 de setiembre de 1873 Hostos parte de Valparaíso a bordo del Ibis. En su *Diario* registra el arribo a la desembocadura del Plata el 27 de setiembre y el 30 desembarca, finalmente, en Buenos Aires.

Durante el viaje recorre toda la costa de la Patagonia chilena y argentina. Deja plasmada esta experiencia en su crónica sobre «Los Canales Patagónicos» publicada en *El Argentino* en diferentes entregas durante el mes de noviembre de 1873. Según su relato, el vapor se detiene en varias oportunidades para realizar exploraciones en zonas ignotas de la costa. Recordemos que la colonización de la región austral, en uno y otro lado de la cordillera, se inicia a fines del siglo XIX y que aún durante buena parte del XX sus habitantes –nativos y colonos– permanecieron desvinculados de los centros poblados y de las respectivas capitales nacionales. El clima extremadamente frío, la soledad y el paisaje verdaderamente imponente de la región, estimulan la fantasía del visitante y provoca profundas reflexiones. No podía ser de otro modo en el caso de Hostos, quien en presencia de los monumentos de la naturaleza y por contraste, medita sobre la mezquindad de los hombres que se empeñan en trazar límites y fijar posesiones allí donde la cordillera y el océano debieran convertirse en medios para la unión de los pueblos. Respecto de la cordillera de Los Andes, en relación con el conflicto limítrofe entre Chile y Argentina que atravesaba un punto álgido en aquel momento, dice Hostos:

«La naturaleza tiene demasiado que hacer para entretenerse en demarcar límites providenciales a pueblos con los cuales no contó al trazar los contornos de los

continentes, y estoy tan lejos de creer que designó para la nación chilena la Patagonia occidental, como estoy lejos de creer que preparó para la Federación Argentina las extensas soledades de la Patagonia oriental. La naturaleza ha hecho la tierra para el hombre, el hombre para la civilización, la civilización para completar la vida humana». (MYS., 196 -197).

Los problemas por la demarcación de límites fueron una constante en la historia argentina de los siglos XIX y XX. En el caso de la frontera argentino-chilena –que se cuenta entre las más largas fronteras compartidas por dos países– fue posible evitar la guerra gracias a los llamados Pactos de Mayo, firmados en 1902, por los cuales ambos países se comprometieron a resolver pacíficamente y mediante arbitraje las disputas por límites.

Ahora bien, la preocupación por la resolución de los conflictos entre ambos países se manifiesta también en otras acciones emprendidas por Hostos, las cuales deben interpretarse en el marco de su campaña a favor de completar la independencia y la integración de América Latina. Una de esas acciones se refiere a la construcción del Ferrocarril Trasandino. Durante su estancia en la Argentina, Hostos tuvo oportunidad de conocer el proyecto de Juan Clark de construir un ferrocarril que uniera a las ciudades de Buenos Aires y Valparaíso a través de la inmensidad de la pampa y del coloso andino. Como ya lo había hecho en Perú, impulsando la construcción del Ferrocarril de los Abismos, Hostos impulsa, a través de la columna periodística, la construcción del Trasandino. Entiende que el ferrocarril es un símbolo de la «civilización», es decir que constituye un medio para el progreso pues promueve cambios en el trabajo, la producción y las ideas, completando la vida individual y social, tanto en el aspecto material como en el intelectual. También es un medio de unidad y de paz por cuanto es mediador de intereses económicos complementarios, que el «egoísmo miope» ha contrapuesto justificando el conflicto con argumentos abstractos:

«Para una como para otra república y por iguales causas el ferrocarril inter-oceánico será el propulsor de fuerzas hoy paralizadas o mal desarrolladas. ...

Así como en la cumbre de Los Andes un breve impulso del pie disgrega una pedruzuela que disgrega millares a su paso, así en la sociedad el movimiento de una esfera de acción produce el movimiento de otras cien. El ferrocarril inter-oceánico que es elemento de unión, no puede crear disidencias de intereses entre Chile y la República Argentina.» (Hostos, E. M., 1874a).

Otro motivo de reflexión, plasmado en la crónica del viaje de Valparaíso a Buenos Aires, es el Océano Pacífico, considerado por Hostos como medio de unión entre los pueblos de América Latina y de estos con Oceanía, en la tarea cooperativa de forjar una nueva civilización:

«Mar Pacífico, corrientes del grande Océano ... grandes masas de agua que corren de un polo a otro polo, azotando las costas de diez repúblicas latinoamericanas ... haga el curso natural de las ideas humanas que llegue pronto para ti, que llegue pronto para los pueblos que recorres, el día ansiosamente esperado por los que contamos una nueva civilización. Tú serás centro de ella, núcleo de ella, intermediario de ella, y sobre tu superficie correrán un día las naves que lleven del nuevo continente al continente marítimo, de América a Oceanía, los hombres, los productos, la ciencia, el arte, las ideas, los sentimientos, la experiencia de una humanidad más racional de la que existe hoy». (M.V.S., 200 - 201).

La reflexión hostosiana sobre estos tópicos –la cuestión limítrofe y la importancia del Pacífico como factor de integración y progreso– reviste singular significación, sobre todo si se tiene en cuenta que en ese mismo momento se estaba diseñando e implementando en la región del Plata un programa de modernización volcado por completo hacia Europa a través del Atlántico. Esto determinó el trazado de las rutas y las vías férreas, la concentración de la producción y de la población en el litoral fluvial y marítimo de la cuenca del Plata, la distribución de las riquezas priorizando unas regiones en desmedro de otras. También alentó conflictos y rivalidades entre pueblos hermanos.

A propósito de los pueblos americanos bañados por las aguas del Pacífico, especula Hostos acerca de la democracia y la necesidad que ellos tienen de conocer y comprender la propia naturaleza para movilizar su potencial creador, antes que copiar los modelos del viejo mundo occidental -cuya posición geográfica está respecto de la nuestra hacia oriente. Dice Hostos:

«... pueblos-niños que hoy remedan todas las exterioridades viciosas de los pueblos viejos, tardarán todavía años de años en purgar sus vicios: años de años transcurrirán antes de que la democracia sea una ley inviolable y no violada,... pero estos pueblos crecerán ... Entonces dejará de mirar hacia el Oriente la gran familia que ... ocupa en buscar y obedecer inspiraciones de otro mundo social e intelectual, el tiempo que debiera emplear en seguir las inspiraciones de la naturaleza. Entonces toda esa gran familia descaminada convertirá su vista hacia Occidente [hacia sí mismos], porque allí

hay todo un mundo que poner en movimiento, y esa ha de ser su gran tarea». (M.VS., 202).

Se trata para Hostos de una tarea civilizatoria. «Civilización», en cuanto categoría que sintetiza la comprensión social y política del autor, tiene en su discurso fuerte sentido proyectivo. Pero a diferencia de otras interpretaciones -como la de Sarmiento-, que concebían la anulación de la dicotomía «civilización - barbarie» de manera no dialéctica, sino mediante la imposición de la primera y la aniquilación de la segunda. Hostos entiende que la superación de la «barbarie» implica un proceso evolutivo en el seno de las sociedades, por el cual se amplían mediante acciones concretas -como la construcción del ferrocarril trasandino, la diversificación de la producción, etc.- los coeficientes de libertad, igualdad, justicia, educación, formación del carácter nacional. Ahora bien, aun las culturas que han alcanzado altos grados de civilización no están exentas de barbarie. Ellas mismas la ejercen cada vez que echan mano de los recursos de la civilización para anonadar a culturas que constituyen obstáculos para su expansión, a las que consideran inferiores. Por esta razón, al llegar a la región habitada por los Patagones, nuestro autor condena el proceder de quienes se consideran civilizados:

«En América, en África, en la India Oriental y en Oceanía, en expediciones de ciencia o de conquista, en donde quiera que el hombre modificado por la vida civil se ha encontrado frente a frente con el hombre primitivo, aquél ha intentado en virtud de la superioridad que le han dado los recursos del progreso, desalojar de su tierra, de su puesto en el sol, de su derecho al salvaje que ha declarado inferior e incompetente.

En todas partes el hombre civilizado ha dejado en memoria de su paso por la barbarie, un reguero de sangre o un reguero de perfidias...» (M.VS., 214 — 215).

Una de las más bellas páginas de Hostos publicadas en la Argentina corresponde a la crónica de su viaje de Valparaíso a Buenos Aires. Nos referimos a la magnífica descripción de la Isla Asilo, ubicada en la región austral. En presencia de un espectáculo que manifiesta con rigor los extremos de la naturaleza, a la vez temible y conmovedoramente bella, Hostos reflexiona acerca de la contradicción entre el bien y el mal, insondables opuestos que se anulan mutuamente, pero al mismo tiempo se requieren entre sí. Las cuestiones planteadas no tienen respuestas en el texto, y esto es lo interesante; Hostos se atreve a formular preguntas que exceden las posibilidades que le ofrecen sus propios marcos teóricos para contestarlas. Sabemos que sólo posteriormente alcanza sistematicidad la reflexión hostosiana acerca de la moral, que queda plasmada en los libros del *Tratado de Moral*, cuyo sustento teórico se organiza

sobre un racionalismo armónico de base krausista. Ante el espectáculo de la isla Asilo, tan diferente de su isla natal, expresa Hostos:

- «... todo llenaba de pasmo la imaginación, de afectos extraños la sensibilidad, de un nuevo ideal de lo bello al pensamiento, de extrañas asociaciones de ideas a la razón, de imprevistas visiones del bien y del mal a la conciencia.

¿Quién es aquí –pensaba yo ...— el triunfador: el mal que ha descuartizado aquí el Continente, que ha desatado sobre él todo el horror de la desolación, o el bien, que ha producido esta armonía discordante en este horror? ¿el mal, que ha sepultado en este recinto inexplorado, en esta desolación inhabitable todo un nuevo ideal de lo sublime, o el bien que consiente a un solo espíritu de hombre recoger en un punto y en una sola aspiración tantas fruiciones?

¿Mansión de quien es esto? ¿Del dios hegeliano para quien el mal es la simple negación del bien, o del Satanás de Milton que en el momento de disponerse a la nueva rebelión se sienta en la escalera alegórica del cielo, él, generador del mal, artista del horror, filósofo del dolor, a contemplar la armonía de los mundos?

¿Lección para quién es esta maravillosa combinación de mal y bien, de bello y repugnante, de horrendo y amable, de violento y delicado, de grotesco y de sublime? ¿... para la razón científica que elimina de sus operaciones el sentimiento ...? ¿... para la conciencia inmovilizada en la abominación del mal que ... recusa la misma autoridad de la naturaleza, se niega a la combinación de mal y bien, y declara que el bien excluye el mal?

Con más éxito que yo las recónditas entrañas del problema, sondeaban los sondeadores el seno profundo del Canal.» (M.VS., 207 - 211).

En síntesis, la crónica del viaje por los Canales Patagónicos pone de manifiesto elementos centrales del ideario hostosiano: la necesidad de integración de los países de América Latina; la búsqueda de nuevos horizontes, tanto hacia el interior de nosotros mismos mediante un autorreconocimiento de lo que somos y podemos, como hacia el exterior, relativizando nuestra posición respecto de Oriente y Occidente; la propuesta de un proyecto civilizatorio que contempla la posibilidad de superar la barbarie sin aniquilar formas culturales existentes, señalando al mismo tiempo la barbarie enquistada en la civilización; todo ello recostado sobre una reflexión filosófico-axiológica, que no alcanza todavía formulación definitiva, pero que implica una puesta en tela de juicio de la concepción tradicional acerca de la polaridad de los valores, pues aun

cuando «bueno» y «malo», «bello» y «feo» se oponen uno a otro, al mismo tiempo se necesitan ya que cada uno de los polos cobra existencia en la medida que se recorta sobre la sombra de su opuesto.

El periodismo

Juan Mari Brás ha sostenido que «Dondequiera que estuvo, Hostos ejerció el periodismo como primera actividad de su quehacer diario ... y lo hacía en un ámbito temático amplísimo» (Cfr. Mari Bras, J. 1988). En efecto, concibió el periodismo como comunicación de la verdad a través de la divulgación del conocimiento científico, como una forma de lucha y consecución de la libertad y como instrumento de reflexión sobre la vida cotidiana de los pueblos. Para Hostos, como para Domingo F. Sarmiento, la escritura poseía la capacidad de organizar -racionalizar- el caos y la barbarie. A través del periódico, ella constituía un factor de civilización y modernización. Es posible señalar entre ambos coincidencias y discrepancias en cuanto a la forma de concebir la función del periodismo.

Para Sarmiento la escritura sustituye a la palabra y el diario a la tribuna y al púlpito. Así como en la materialidad de la escritura se hacen visibles las reinas según las cuales se organiza el código de la lengua, así también a través del periódico se ordenan las prácticas de la vida pública y se regula la circulación del poder económico, político y cultural. El diario es una mediación entre la civilización y la barbarie, entre la disciplina y la desorganización, es un dispositivo de poder que permite, mediante el ordenamiento de la palabra, introducir la racionalidad -una cierta racionalidad- en la pugna política. «Los escritores públicos -dice- tienen por deber impulsar el progreso». Pero justamente porque se trata de una mediación puede responder también a otros intereses o ser vehículo de pasiones encontradas. Sarmiento afirma que:

«... por el diarismo los individuos anuncian sus necesidades y llaman a quien puede satisfacerlas; por el diarismo el comercio se extiende,... el pueblo antes ignorante y privado de medios de cultura, empieza a interesarse en los conocimientos y a gustar de la lectura que los instruye y divierte.

Los diarios han ejercido una influencia poderosa en la marcha de la civilización y en el movimiento social que ejecutan los pueblos modernos; y sus ventajas ... sólo pueden ser comparadas a los males que por otra parte causan, cuando la efervescencia de las pasiones, el rencor de partido y la irritación alimentan sus páginas...» (Sarmiento, D.F, 1955,14).

También para Hostos el periodismo es una mediación. A través de ella una sociedad puede conocerse, interpretarse, corregir sus errores, superarse. Con fecha 7 de noviembre de 1873 se publica en *La Tribuna* una columna de Hostos sobre «El periodismo», en la que afirma que éste es por su esencia un sacerdocio, es decir que interpreta la conciencia humana consagrando lo bueno, lo verdadero y lo bello; por sus medios corresponde a un magisterio, o sea que emplea las formas y funciones de la razón para convertir en opinión lo verdadero por medio de la ciencia y la experiencia, lo bueno por medio de la dignidad y el derecho, lo bello por medio del arte y la persuasión; por sus fines, el periodismo es exponente de la potencia moral e intelectual de una sociedad. Por todo ello el periodismo impone «el deber de tener un carácter basado en una conciencia», es decir en la facultad de «conocer en su principio lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo equitativo y lo inicuo». En cuanto coeficiente de civilización, la función del periodismo consiste en solidarizar la política con la moral por medio de la razón. De modo que mediante el uso público de la razón, los individuos movilizan a las sociedades para que desarrollen formas más justas de organización. Por cierto que esta forma de caracterizar la función del periodismo debe entenderse también en el marco del racionalismo armónico. Hostos asigna al periodista una función semejante a la que Kant espera que cumpla el filósofo en el proceso de ilustración -semejante también a la que antes Sócrates se había asignado a sí mismo—, la de acicateador de las conciencias.

Por eso –sostiene– cada vez que se nos ofrece en espectáculo la vida de una sociedad, le preguntamos: –¿Tiene un periodismo que la interprete? Y preguntamos al periodismo: –¿Qué interpreta? ¿La vida de un niño o la agonía de un moribundo? Y preguntamos al periódico: –¿Cómo cumple sus fines? ¿Como sacerdote o como mercader? (Hostos, E.IVL, 1992,267 a 271).

Estas preguntas formula Hostos frente al panorama que ofrecen la sociedad argentina en plena contienda electoral, cuyas rivalidades se expresan a través de un periodismo que secunda pasiones personalistas. Y por cierto no espera respuestas alentadoras.

La jornada de Hostos en la Argentina

La estancia de Hostos en la Argentina es breve, se prolonga durante casi cinco meses, desde el 30 de setiembre de 1873 hasta el 22 de febrero de 1874. Fue recibido en el muelle por Santiago Estrada, que en nombre de su padre lo invitó a alojarse en su casa, donde fije acogido como un hijo (Cfr. Hostos, E.M. 1939, vol. II, 65 - 66). El

mayor apoyo lo recibió Hostos de hombres vinculados al partido autonomista de la Provincia de Buenos Aires, quienes le brindaron su amistad y le dieron acceso a los periódicos que controlaban para «hacer posible dos cosas: primero, la propaganda incesante a favor de las Antillas; después, la vida». En efecto, sus trabajos se publicaron principalmente en *La Tribuna* de Luis V. Várela, *El Argentino* del José Manuel Estrada y en menor grado en *El Nacional dirigido* por Wenceslao Pacheco. También envió, desde la Argentina, algunos trabajos a *La Opinión* de Talca, Chile. El reconocimiento que recibió como intelectual se plasmó en el ofrecimiento de Vicente Fidel López de una Cátedra de Filosofía o de Literatura Moderna en la Universidad de Buenos Aires, de la que éste era rector. Dicho ofrecimiento fue rechazado por Hostos al tomar la decisión de partir hacia Estados Unidos para continuar su lucha a favor de la independencia antillana.

Desde su arribo, Hostos percibió –tal como lo registra en su *Diario*, el día 30 de septiembre y siguientes– una diferencia entre la recepción pública y la privada, «ruidosa aquella, fría esta»; así como una solidaridad superficial para con sus ideas, a diferencia de lo acontecido en Chile y en Perú. Las razones de esta situación se encuentran, como bien ha señalado Pablo Pozzi, «tanto en la coyuntura por la que atravesaba la Argentina como en el modelo de país que en ese entonces estaba imponiendo la clase dominante» (Pozzi, P, 1995,721 a 745).

Recién llegado a la Argentina, Hostos fue testigo de la lucha electoral que culminó con la elección de Nicolás Avellaneda como Presidente de la República, apoyado por quien le antecediera en el cargo, Domingo F. Sarmiento. Esa elección, en la que resultó derrotado Bartolomé Mitre, definió la marcha del país hacia la concreción de un modelo modernizador basado en su inserción dentro del mercado mundial como productor de materias primas. Para ello fue necesario incorporar capitales y mano de obra, expandir la frontera agropecuaria y unificar el mercado interno. En lo político, las intenciones plasmadas en el Preámbulo de la Constitución acerca de las libertades civiles y la apertura a todos los hombres del mundo coexistieron con lo que Natalio Botana define como República «restrictiva», donde las libertades políticas estaban condicionadas por una estructura de poder que aseguraba la continuidad del régimen sobre la base del fraude electoral (Cfr. Botana, N., 1985). Debido a los intereses comerciales de la clase dirigente argentina, la política exterior de la época tuvo como principal objetivo el fortalecimiento de los vínculos con Europa en desmedro de las relaciones con América Latina. Desde la cancillería se dio prioridad a la defensa del espacio territorial y en más de una ocasión se plantearon conflictos fronterizos.

especialmente con Chile, que alentaron carreras armamentistas por parte de ambos países e interfirieron con la posibilidad de avanzar en el sentido de una integración de los países de América Latina.

En estas condiciones sociales y políticas, los apoyos que Hostos recibió para su causa a favor de Cuba, de la confederación de las Antillas y de la integración de América Latina fueron muy dispares y contradictorios. Existía, antes de su llegada, una Asociación «Independencia de Cuba» que se reunía en el estudio del Dr. Adolfo Rawson, quien estaba ligado al partido autonomista. El general Mitre y la familia Várela manifestaron también su apoyo a la campaña pro-Cuba, así como José Manuel Estrada y el Qub Electoral que nucleaba el ala reformista del autonomismo. Sin embargo, los gobernantes y la mayor parte de la clase dirigente retaceó su solidaridad, mientras que sí la obtuvo de los jóvenes y del pueblo, incluso de los emigrados bolivianos.

Dos hechos luctuosos ocurrieron en Cuba durante la estancia de Hostos en la Argentina, los que son comentados por el puertorriqueño a través de las páginas de *La Tribuna*. Uno fue el fusilamiento de 80 cubanos a bordo del *Virginus* (Hostos, E. M., 1939, vol IX, 259 - 265); otro fue la condena y asesinato de 138 hombres en Cuba a manos de Jovellar y Burriel (Hostos, E. M, 1973a). Ambos hechos constituyen una «derrota de la humanidad» y una doble manifestación de barbarie. Por un lado porque han sido asesinados hombres indefensos; por otro lado porque se ha asesinado a la república, pues los representantes de la «apócrifa república española» han confundido la forma de gobierno republicana con los procedimientos de imposición del poder de los gobiernos monárquicos. Ambos motivos ameritan el castigo de los responsables, pero el segundo motivo reviste una significación política particular, pues en la perspectiva hostosiana cuando una parte de la humanidad se ha mostrado incapaz de ser republicana, toda la humanidad espía su torpeza, porque toda la humanidad tendrá que sufrir nuevos errores, nuevos dolores, nuevos horrores. (*Ibidem*).

Como en otros discursos hostosianos, también los que constituyen el *corpus* de la campaña desarrollada en la Argentina por el reconocimiento de la legalidad de la beligerancia de los cubanos, presentan una estructura categorial dicotómica. Por un lado, la descripción de la «barbarie» que se manifiesta en los hechos acontecidos; por otro lado, la proyección de las vías posibles de superación a través de la unión de esfuerzos para conquistar la libertad y sostenerla por medios pacíficos como la industria y el comercio. Esto último constituye un progreso de la «civilización» y del proyecto hostosiano de unidad continental:

«Hospedemos al mundo en nuestras islas. La libertad acogerá sin inquisición vergonzosa o importuna cuantos productos nos lleven la industria y el comercio. Las islas ... tendrán en el continente la influencia equilibrante que las ha encomendado su posición geográfica ... Todo sucederá como profetizaban la razón y la necesidad ...» *Ibídem*).

La campaña hostosiana a favor de Cuba beligerante tuvo que soportar la oposición de los inmigrantes españoles y de los intereses comerciales de Argentina con España y con Cuba colonial -que significaban en rubros como la lana y el tasajo (carne seca y salada utilizada para alimento de los esclavos), entre un cuatro y un cinco por ciento del total del valor exportado-, razones por las que no se logró una declaración oficial a favor de Cuba y se produjo el rompimiento entre Hostos y Sarmiento. No obstante, Hostos contó con la adhesión del pueblo argentino, la que se puso de manifiesto en el *meeting* convocado el 21 de diciembre en el teatro Variedades, culminando con el «paseo triunfal de la bandera cubana» hasta la plaza de la Victoria. El evento reunió a unas 4000 personas, según el mismo Hostos nos lo dice, y entre los oradores se destacaron: Adolfo Rawson, Adolfo Massot, Bartolomé Mitre y Vedia, Carlos Guido Spano, Matías Behety, Luis V Varela, Fernando Centeno, Estanislao Castila (Hostos, E. M., 1973c). En su balance de los acontecimientos Hostos señala que:

«[El pueblo argentino] se presentó ayer en el teatro de Variedades a declarar que desea la separación definitiva de aquel país [España] y del continente americano; que quiere la independencia de los pueblos americanos que sudan sangre bajo el yugo de sus opresores; que anhela fervientemente el triunfo de Cuba sobre los tiranos;... que abominan de los crímenes que cometen.... Para tener el derecho de declararlo le basta con ser un pueblo americano». (Hostos, E. M., Vol. IX, 292 - 295).

Una carta firmada por Francisco Uzal y publicada también en *La Tribuna* el día 21 de diciembre confirma el apoyo del pueblo la causa cubana:

«Básteos, noble hijo de Cuba (sic), la seguridad de que las simpatías del pueblo argentino están, hoy como siempre, del lado de los oprimidos contra sus opresores, del lado de las víctimas contra sus verdugos, del lado, en fin, de todos los que luchan por el derecho y la libertad.» (Hostos, E. M., 1873b).

Hostos responde diciendo:

«En todo esto, ligado como está mi pensamiento al porvenir de la civilización americana a la independencia de mis dos Antillas no hay otra cosa que un deber

cumplido ... Tiendo la mano amiga al hermano que me busca, lo saludo, y en él como en Y, el corazón del bueno saluda al corazón del bueno». (*Ibíd.*)

También los emigrantes bolivianos dejaron plasmada su respuesta a la convocatoria hostosiana en apoyo a Cuba en una carta que fue publicada en *La Tribuna* el 20 de diciembre de 1873. En ella expresan:

«Señor: La santa causa de la independencia americana no ha terminado: la unidad moral, resultante del imperio absoluto de la libertad, de la coordinación armónica de las instituciones y del afianzamiento autonómico de las secciones del Mundo Nuevo, aún no está consumada. La complementación de la América como entidad soberana, está lejos de haber proclamado su integridad solidaria: resta aún al mundo americano poner el último sello, sancionando la autonomía de los pueblos sujetos a la tutela del Mundo Viejo, para resolver el problema de su unidad continental política, como lo está su unidad continental geográfica ...

El movimiento revolucionario de la noble Cuba fue acogido (sic) con el alborozo que despiertan las causas que tienen por base el perfeccionamiento humano fundado en el desenvolvimiento social espontáneo. La causa de Cuba, por otra parte, es eminentemente americana, y en la que las generaciones que vienen juegan la excelcitud de sus destinos ...» (L;2 *Tribuna*, 20/12/1873).

En síntesis, Hostos no obtuvo el apoyo oficial, pero atesoró la solidaridad del pueblo y de diversos sectores sociales de Buenos Aires. Así las cosas, cabe preguntarse hasta qué punto fue fructífera la jornada de Hostos en la Argentina. Consideramos que aun cuando no obtuvo de la dirigencia argentina el apoyo que esperaba a favor de Cuba, la labor que desarrolló principalmente en Buenos Aires fue valiosa porque su actuación en la esfera pública –a través de la prensa y de la participación crítica en reuniones políticas– permitió mantener vivo en el debate un discurso modernizador alternativo respecto del sostenido por la clase dirigente. Es decir, mientras que los responsables de las decisiones políticas y económicas sostenían un modelo de progreso y civilización inspirado en países europeos y en los Estados Unidos de Norteamérica, de espaldas a una parte de la realidad nacional considerada como «barbarie» y al resto de los países de América Latina; Hostos sostuvo un discurso modernizador cuyos ejes ideológicos estaban dados por la necesidad de completar la independencia de los pueblos de América latina –motivo principal de su campaña a favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico– y por la integración de las naciones en base al reconocimiento de sus diferencias como coeficiente de civilización.

Vale la pena detenerse en el análisis hostosiano de la realidad política y social argentina, pues por tratarse de la visión de alguien no involucrado en la disputa del poder, podía penetrar «en el fondo de los hechos», cumpliendo con la función del periodismo tal como la entendió Hostos:

En el fondo de las sociedades están los agentes de las convulsiones sociales más lógicas y más perturbadoras ...

Sepámoslo o ignorémoslo, el periodista es un experimentador científico que así se aproxima a la verdad cuando la estudia en sus motivos recónditos, como se aleja de ella cuando se contenta con percibirla.

Querer descubrir una verdad social es obligarse a penetrar en el fondo de los hechos que acontecen diariamente. (Hostos, E. M., 1874b).

Hostos examina los aspectos positivos de la vida social, política y económica del país conosureño. Destaca la organización federal de la república, la división de poderes, el llamado a la inmigración como medio para poblar un extenso territorio y favorecer la industria, la incipiente diversificación de la producción. Factores, todos éstos, que según el autor favorecen el tránsito hacia formas más completas de civilización. Además, señala que las estadísticas, la historia y la vida intelectual muestran el progreso de la república. Sin embargo, el análisis de los acontecimientos diarios revela inquietud y malestar, «la paz social no está asegurada». Las elecciones en vez de ser una expresión del derecho, son una manifestación de la fuerza. «El hecho -dice Hostos- es que en vez de confiar en sus votos, los partidarios confían en sus revolvers (sic)».

En efecto, la causa profunda del malestar que Hostos denuncia es de naturaleza moral. Los hechos demuestran que «hay un abismo entre el progreso material y el progreso moral en la República Argentina». Ahora bien, la denuncia de inmoralidad no recae exclusivamente sobre el ámbito de lo subjetivo. Si la inmoralidad fuera un problema cuya única causa radicara en la existencia de personas inmorales, podría pensarse que bastaría con que cada sujeto involucrado corrigiera su conducta de modo que si todos fueran lo suficientemente buenos, honestos y veraces, podrían superarse los problemas. Pero la denuncia de Hostos va más allá de lo meramente subjetivo, apunta a la estructura misma de la moral objetiva, esto es al sistema de instituciones y relaciones sobre las que se organiza la vida social y política de un pueblo. Hostos no se contenta con señalar la inconducta de uno u otro de los personajes en la contienda, sino que apunta al centro del problema:

Cuando un país está organizado por la democracia y el pueblo no gobierna ¿no hay una inmoralidad en afirmar como hecho un derecho desusado?

Para que el pueblo no sea gobierno y sirva de cebo a intereses y pasiones que él no sabe a dónde le llevan ¿no hay un hondo vacío en la educación de ese pueblo? ...

La inmanencia de la fuerza bruta como principio, norma y guía de una democracia ¿no estimula, aguijonea y autoriza las tiranías? (*Ibidem*).

En síntesis, el ideario hostosiano se apartaba de los intereses de la clase dirigente argentina. Vanos son los puntos de desencuentro que pueden señalarse:

- en el plano político, Hostos defendía los derechos civiles y la libertad política, mientras en el país las elecciones se resolvían mediante el fraude y los partidos políticos rivalizaban por el usufructo del aparato del Estado y las ventajas de la relación con Europa, antes que erigirse en portavoces doctrinarios de las demandas legítimas de diversos sectores sociales y de las diversas regiones geográficas y culturales del extenso territorio argentino;

- desde el punto de vista del análisis social, rechazaba la utilización reduccionista de la dicotomía «civilización – barbarie», con que se justificaba la política de expansión de la frontera agrícola-ganadera sobre regiones consideradas «desérticas», como el Chaco y la Patagonia; las cuales, en realidad, albergaban culturas nativas;

Hostos se esforzaba por tender lazos de unión entre los países del Cono Sur, especialmente entre Argentina y Chile, aboliendo las distancias y los obstáculos naturales mediante el ferrocarril y el telégrafo, mientras la cancillería sospechaba de las ambiciones expansionistas del país trasandino y trabajaba hipótesis de conflictos fronterizos, alentando la rivalidad y poniendo obstáculos a los proyectos de integración;

- Hostos defendía el federalismo y el ideal de unidad continental, cuya condición de posibilidad estaba dada por la independencia y posterior confederación de las Antillas, en un momento en que la clase dirigente acentuaba el centralismo de Buenos Aires y estrechaba lazos comerciales y culturales con Europa, dando la espalda al continente;

- el puertorriqueño llevó adelante una campaña a favor de la independencia cubana a la que se sumaron los jóvenes, el pueblo y algunos dirigentes que después de transcurrido medio siglo, desde 1810, aún mantenían vivo el ideal independentista.

mientras que otros lo apoyaron tibiamente, en la medida que podían legitimarse moralmente sin que interfiriera con sus intereses comerciales.

Pero el ideario hostosiano no cayó en saco roto. La palabra de Hostos manifestada a través de la prensa, contribuyó a tensar el universo discursivo epocal, señalando la posibilidad de un discurso modernizador alternativo, cuyos ejes son independencia e integración.

Tal discurso no perdió vigencia en el siglo que ha transcurrido desde que Hostos terminó sus días de acción. Esas ideas sustentaron y aún lo hacen una determinada praxis social y política basada en:

- La afirmación de la república democrática como forma de organización de la vida política independiente, que permite efectivizar los derechos civiles, políticos y sociales.
- La trabajosa conquista de formas cada vez más logradas de civilización, que involucre el reconocimiento de configuraciones culturales diferentes y la utilización no excluyente de los medios del progreso.
- El logro de la independencia en todo el territorio de la América Latina y el afianzamiento de los lazos de solidaridad y cooperación entre países hermanos a fin de conquistar una posición equilibrada en el concierto internacional.

Bibliografía:

- Arpini, Adriana, *Eugenio María de Hostos, un hacedor de libertad*. Mendoza, Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (EDIUNC), 2002.
- Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- Córdova Iturregui, Félix, «El radicalismo democrático de Eugenio María de Hostos: su período español». En: *Anah del Caribe*. Nro. 10, (1990), 77 - 94.
- Gaos, José. *En turno a la Filosofía mexicana*. México, Alianza Editorial Mexicana, 1980.
- Hostos, Eugenio María de, «Ciento treinta y ocho», en: *La Tribuna*, 15 y 16 de diciembre de 1873a.
- Hostos, Eugenio María de, «Dos cartas», en: *La Tribuna*, 21 de diciembre de 1873b.
- Hostos, Eugenio María de, «La manifestación de Variedades. El paseo triunfal de la bandera cubana», en: *La Tribuna*, 22 y 23 de diciembre de 1873c. Cfc. «Cartas Argentinas», en: *La Opinión*, Talca, Chile, 4 de marzo de 1874. En *O.C.* 39, VII, 388 y siguientes.
- Hostos, Eugenio María de, «El ferrocarril ínteroceánico», en: *La Tribuna*, Buenos Aires, 21 de enero de 1874a.
- Hostos, Eugenio María de, «En el fondo», en: *La Tribuna*, Lunes 19 y martes 20 de febrero de 1874b.
- Hostos, Eugenio María de. *Mi viaje al Sur* (M. V.S.), en: *Obras Completas*. Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, La Habana, Cultural & A., 1939. Vol. VI.
- Hostos, Eugenio María de, *Diario II*, en: *Obras Completas-39*, Op. Gt., Vol. 11.
- Hostos, Eugenio María de, «Memoria de la Exposición Nacional de Artes e Industrias celebrada en Santiago de Chile en el mes de setiembre de 1872», en: *O.C.-39 Op. Cit*, vol. VII: *Temas sudamericanos*.
- Hostos, Eugenio María de, «Cuba y la beligerancia», en *La Tribuna*, 13 de diciembre de 1873. También: «La última hecatombe», en *La Tribuna*, 10 de diciembre de 1873. En: *O.C.-39*, Op. Cit, IX: *Temas cubanos*.
- Hostos, Eugenio María de, «El periodismo», en: *Obras Completas. Edición Crítica*, Vol. 1, Literatura, Tomo II: *Cuento, teatro, poesía, ensayo*. Edición revisada y anotada por Julio César López y Vivián Quiles Calderín, con la colaboración de Marcos Reyes Dávila. Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992.
- Mari Brás, Juan, «Hostos penodista», en: *Cuadernos hostosianos*. Cuaderno 1, Río Piedras, Comité del Sesquicentenario de Eugenio María de Hostos, 1988.
- Martí, José. *Catesismo Democrático*, en: *Obras Completas*, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1964, \bl.\III.
- Pozzi, Pablo, «Hostos, el panamericanismo y la sociedad política argentina. 873-1874», en: López, Julio Cesar (Editor), *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos - Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995. p. 721 a 745.

Roig, Arturo A. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Sarmiento; Domingo F, «El diarismo» (Publicado en: *Nacional*, 15 y 29 de mayo de 1841), en: *Polémica Literaria*, Buenos Aires, Cartago, 1955.